

epistolae; deinde in sacristiam redit et ad discedendum invitat.

2. Facta imagini sacristiae debita reverentia, ad altare vadit; primus incedit caeremoniarius; deinde primus clericus a dextris alterius; ac tandem celebrans, cooperto capite. Hic cum ante infimum altaris gradum pervenerit, caput detegit, biretum primo clerico tradens; facta dein debita reverentia cum aliis inservientibus, missam incipit; quam more solito celebrabit, offerens ac consecrans et hostiam pro expositione.

3. Dum celebrans orationes ante communionem recitat, caeremoniarius ex abaco ad altare ostensorium transfert. Ipse cereos et candelas altaris in praefationis initio accendit; calicem ad credentiam portat, ac tandem in sacristiam post purificationem: curat ut paretur baldachinum et umbella; ac distribuuntur cerei confratribus societatis, vel praecipuis viris.

4. Celebrans, sumpto Domini sanguine, sacram hostiam ponit in ostensorio, quod claudit et collocat in medio corporali; quin ante illud velum aliquod apponat. Dicto postea *Quod ore sumpsimus*, se purificat; in eodemque loco permanens, digitorum ablutionem facit. Prosequitur dein missam.

5. Missa finita, celebrans per breviorum in planum descendit, et geneflexione in medio utroque genu facta, ad scamnum se confert; ubi manipulum ac planetam deponit et pluviale sumit, clericis assistentibus juvenibus.

6. Celebrans, post hoc, aliquantum sedet; dum primus et alter assistens abeunt; ille ut velum humerale sumat, iste ut thuribulum cum navicula; interea caeremoniarius crucifixum, missale cum legili, ac tabulas pro *Gloria* et *Credo* removet, una cum ceteris quae pro divino sacrificio inservierunt.

(Continuabitur)

LA IGLESIA

Organo oficial de la Arquidiócesis de Bogotá

Año X. Vol. X.

Marzo 15 de 1915.

Número 5

PASTORAL

NOS BERNARDO HERRERA RESTREPO

Por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica,
Arzobispo de Bogotá, Primado de Colombia, Prelado Doméstico de
Su Santidad, Asistente al Solio Pontificio, etc., etc.

*Al venerable clero secular y regular y a todos los fieles
de nuestra Arquidiócesis,*

Salud y bendición en Nuestro Señor Jesucristo.

Nuestro Beatísimo Padre el Papa Benedicto XV, en vista de la guerra que actualmente está asolando los países de Europa, llevando a todas partes la destrucción y la muerte, y cubriendo de luto y desolación las familias, los pueblos y las ciudades, se ha dignado disponer, por decreto del 10 de enero del corriente año, que el mundo católico se postre delante de los altares y dirija humildes ruegos al Señor, a fin de alcanzar de su misericordia el incomparable beneficio de la paz. Nós, haciéndonos eco fiel de la voz autorizada del Padre común de

los cristianos, cumplimos el deber de exhortaros muy de veras a que, con ánimo sumiso, con voluntad dócil y con aquella fe que penetra los cielos, hagáis dulce violencia al corazón de Jesucristo, ya para obtener el pronto remedio de los males que la guerra causa a cuantos se hallan sufriendo ese espantoso castigo, ya para que de él preserve a quienes, por favor divino, disfrutamos del don de la paz, bien que estemos expuestos a perderlo por las malas artes de hombres inquietos o perversos, ambiciosos de mando o de riquezas, y, por tanto, criminales delante de Dios y de los hombres.

Bien comprendéis, carísimos hermanos, que la caridad de Cristo urge a la Iglesia santa, y, por consiguiente, a su augusto Jefe, quien no puede menos que conmoverse hondamente ante los males que afligen a la humanidad. Oíd, si no, las sentidas palabras que en ocasión solemne ha pronunciado el Sumo Pontífice: «si no nos es concedido, dice, apresurar el fin de tan terrible flagelo, quisiéramos a lo menos atenuar sus dolorosas consecuencias... Siendo el Pontífice Romano, de una parte Vicario de Cristo que murió por todos y cada uno de los hombres; y por otra, Padre común de los católicos, debe arder en los mismos sentimientos de caridad para con los combatientes, y considerar en ellos, no los intereses especiales que los di-

viden, sino el vínculo de la fe que los une como hermanos.» (1) Y en medio de las graves y profundas penas que nos angustian, añade nuestro beatísimo Padre, no debemos perder el valor: mientras más sombrío se muestre lo porvenir, con mayor confianza hemos de llegarnos al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar el auxilio en tiempo oportuno. (2) Es menester, pues, orar incesante y humildemente al Señor, árbitro soberano de los acontecimientos humanos, y único que puede, por los medios que sean de su divino beneplácito, encaminar las voluntades de los hombres.

Consideramos que la paz no ha abandonado al mundo, sin especial permisión de Dios: El deja que las naciones se castiguen unas a otras con la matanza mutua, porque olvidadas de los sagrados deberes que tienen con el Rey inmortal de los siglos, han cifrado exclusivamente sus anhelos en los bienes terrenales; no impide las calamidades que prueban terriblemente a los hombres, para obligarlos a humillarse bajo la mano poderosa de Dios. (3)

«Y porque la oración en común, agrega el Sumo Pontífice, es la más agradable a Dios y la más fructuosa, exhortamos a todos los hom-

(1) Alocución Consistorial del 22 de enero de 1915.

(2) Hebr. iv, 16.

(3) I. Petr. v, 6.

bres de bien a que hagan propicia la divina clemencia, orando privadamente y, en especial, con la oración pública en los templos.» (1)

Nada tenemos que añadir a las enseñanzas del Pastor Supremo. Nos limitamos, amadísimos hermanos, a rogaros, por las entrañas de Nuestro Señor Jesucristo, que las meditéis devotamente; y que, avivando la fe y la caridad, oréis a menudo y con constancia según las intenciones del Padre Santo, y pidáis que reine la paz entre los hombres, que son hijos de un mismo Padre que está en los cielos.

Pedid, además, que el beneficio de la paz se perpetúe entre nosotros; que no haya un solo hijo ingrato que atente de modo alguno o por cualquier pretexto contra la paz, que es, según expresión de San Agustín, la tranquilidad en el orden. Si; que todos respeten la autoridad que nos gobierna; que sean acatados los derechos legítimos de los ciudadanos, y que cada uno trabaje, en su esfera, por el progreso moral y material de la patria que nos vio nacer; y que todo esto se haga en acatamiento al santo nombre de Dios y para cumplir estrictamente los divinos mandamientos. De esta suerte se busca preferentemente el reino de Dios y su justicia, y vendrán por añadidura los demás bienes que contribuyen a la verdadera dicha y

(1) Alocución citada.

al bienestar de los individuos y de la sociedad. Así sea.

En consecuencia disponemos:

I. Celébrense en las iglesias parroquiales, en las de seculares y de regulares, las funciones religiosas prescritas por Nuestro Beatísimo Padre el Papa, el día 21 del corriente mes.

II. Las solemnidades indicadas se celebrarán el domingo de Cuasimodo, en aquellos lugares adonde no llegare oportunamente la presente Pastoral.

III. Respecto a las preces públicas, obsérvese puntualmente el orden señalado por el Sumo Pontífice, a saber:

Por la mañana, después de la misa conventual o parroquial, se expondrá solemnemente el Santísimo Sacramento; se cantará el salmo *Miserere mei Deus* (150), con la antífona *Da pacem Domine*, el versículo *Fiat pax*, etc., y la oración pro pace: *Deus a quo sancta desideria*, etc. El Santísimo quedará expuesto todo el día. Ojalá que los niños asistan a estas funciones.

Por la tarde, se recitará el santo rosario y la oración que se publica a continuación y que es compuesta por el Sumo Pontífice; luego se cantarán las letanias de todos los Santos, según el modo prescrito en el Ritual Romano para las Cuarenta Horas, e inmediatamente después se

cantará: *Parce, Domine, parce populo tuo; ne in aeternum irascaris nobis*, con los versículos y oraciones acostumbrados después de la procesión indicada *in quacumque tribulatione*, según el Ritual Romano; luégo se añadirá la oración pro pace: *Deus a quo sancta desideria*, etc. Se terminará la función respectiva con el canto del *Tantum ergo*, y se dará la bendición con Nuestro Amo.

IV. Excítese a los fieles para que se acerquen en esta ocasión a los sacramentos de penitencia y eucaristía, según lo desea el Sumo Pontífice, quien ha concedido una indulgencia plenaria a los que, confesados y comulgados, asistan a las funciones de la mañana o de la tarde, o rueguen por algún tiempo, delante del Santísimo expuesto, según las intenciones del mismo Sumo Pontífice.

V. Léase la presente Pastoral a la hora de Misa, el primer día festivo después de recibida.

Dada en Bogotá, sellada con nuestro sello y refrendada por nuestro Secretario, el día once de marzo de mil novecientos quince.

✠ BERNARDO

Arzobispo de Bogotá.

CARLOS CORTÉS LEE, Secretario.

Oración del Papa Benedicto XV

Espantados por los horrores de la guerra que trastorna pueblos y naciones, nos acogemos, oh Jesús, como a refugio supremo, a vuestro amantísimo Corazón. De Vos, *oh Dios de las misericordias*, imploramos con gemidos el fin del durísimo azote; de Vos, *Rey pacífico*, esperamos con ansia la suspirada paz.

De vuestro Corazón divino irradió sobre el mundo la caridad, para que disipada toda discordia, reinase, entre los hombres el amor solamente. Mientras anduvisteis con los mortales, vuestro corazón latió tiernísimamente de compasión por las humanas desventuras. Ah! conmuévase también, pues, vuestro corazón en esta hora, llena para nosotros de funestos odios y de horribles estragos.

Tened piedad de tantas madres, angustiadas por la suerte de sus hijos; de las familias privadas de su jefe; de la desgraciada Europa, víctima hoy de tantas calamidades.

Inspirad a los gobernantes y a los pueblos, sentimientos de compasión; extinguid las discordias que desgarran las naciones; haced que los hombres vuelvan a darse el ósculo de paz, Vos que los hicisteis hermanos con el precio de vuestra sangre. Y así como un día al grito

suplicante del apóstol Pedro: «salvadnos Señor que perecemos,» respondisteis piadoso calmando la tempestad del mar, así ahora responded propicio a nuestras confiadas oraciones, devolviendo al mundo alborotado la tranquilidad y la paz.

Vos también, oh Virgen Santísima, como en otros tiempos de terrible prueba, ayudadnos, protegednos y salvadnos. Así sea.

SERMON

De Nuestra Señora de los Dolores, predicado en la
Basílica de Bogotá, el año 1914, por el señor
Presbítero D. D. Teodoro Rosas Castro

Stabat juxta crucem Jesu Mater ejus. (Joan XIX, 25).

Ilustrísimo señor:

Con estas sencillas y expresivas palabras el Evangelista nos presenta a la *Virgen Dolorosa* al pie de la cruz. Esta escena tan sobriamente descrita, será siempre el cuadro que atraerá las miradas de todos los que peregrinamos por este valle de lágrimas. Es que la humanidad en su penoso viaje por el desierto de la vida, ha experimentado siempre la necesidad de levantar los ojos al Calvario, para soportar las congojas del destierro.

A la vista del Dios hecho hombre, colgado de la cruz y de su Santísima Madre que resiente los acer-

bisimos dolores de su Pasión y de su muerte, el corazón cristiano se ensancha y el pecho comprimido por la pena se dilata con la manifestación de amor que nos ofrecen los dolores del Redentor del mundo y las angustias de la Corredentora del linaje humano. La caridad de nuestro adorable Salvador se manifiesta en toda su vida mortal, pero brilla con claridad indescriptible en el sacrificio de la cruz. El amor lo hizo descender del seno del Padre para descender a este mundo y revestirse con la forma de siervo. El amor le dio albergue en las purísimas entrañas de la más pura entre las Virgenes. El amor lo obligó a tomar de ELLA carne virginal y sangre ilibatisima para lavar nuestros pecados. El amor, finalmente, lo sacrificó en el Calvario y traspasó el corazón de su Santísima Madre!... Dios amó tanto al mundo, que le entregó a su Hijo Unigénito, y Jesucristo nos amó tanto, que nos dio a su propia madre asociándola a los dolores de su Pasión y de su muerte!... Por esta razón el Calvario será para los hombres en todos los tiempos, la Cátedra de la enseñanza cristiana, que consuela y fortalece a todos los que gemimos y lloramos en el valle del dolor. Con este objeto me propongo demostraros brevemente que las perfecciones sublimes de la Santísima Virgen, fueron coronadas con la intensidad de sus dolores, y que su corazón traspasado por esos mismos dolores nos ama con la ternura propia de una madre compasiva. Conviértanse mis palabras en bálsamo de consuelo para vuestras almas con su intercesión poderosa. *Avemaría.*

Dios amó al hombre con caridad perpetua, pero el hombre no correspondió a ese amor. En vano buscó

en el bien sensible la felicidad única capaz de extinguir la sed que a todos nos devora. El pecado después de haberlo separado de su propio *fin*, le arrebató al propio tiempo todo consuelo por parte de las criaturas. Cuando éstas le encantan y le llevan tras sí, engolfándole en las cosas del tiempo, haciéndole olvidar de las eternas, el dolor se encarga de desvanecer en breve tan funestas ilusiones. El dolor es una ley impuesta por el pecado a todos los hombres, y no hay edad ni condición que pueda sustraerse a esta ley inexorable. El niño gime y llora sin conocer las miserias de la vida, como gime y llora el joven, el adulto y el anciano. El agonizante saluda a la muerte derramando de sus pupilas ya hundidas y apagadas, la última gota del dolor. En vano los placeres fugaces encubren por breves momentos la dura realidad de la existencia, porque la alegría que ellos brindan, no basta a extinguir ese raudal copioso que corre de lo íntimo del corazón para revelarse en una lluvia de lágrimas. Si éstas no se manifiestan en determinadas ocasiones, no es que el dolor haya desaparecido; muy al contrario, crece y se agiganta el padecer cuando no se permite al corazón humano este desahogo natural en sus tribulaciones; y el llanto que el corazón devora, se torna, al sepultarlo en su propia fuente, el más amargo, el más desconsolador. Por dicha nuestra las lágrimas no las ha condenado el Redentor. EL las consagró cuando las derramó sobre la tumba de su amigo Lázaro; EL las santificó cuando proclamó bienaventurados a los que lloran: *Beati qui lugent quoniam ipsi consolabuntur* (Matt., V, 5.)

La tribulación, en la sublime escuela del cristianismo, no aparece únicamente como el efecto de una

condenación primitiva, antes bien se convierte en instrumento de expiación y de merecimiento que da al alma el último toque de la verdadera grandeza, y la corona con la aureola de la perfección. Al considerar el dolor, iluminados por las claridades de la cruz, no debemos rendirnos ante el padecimiento y la desgracia, porque la Providencia se vale de ellos para embellecer moralmente a sus criaturas predilectas. ¿Por qué llama Jesús bienaventurados a los que lloran si las lágrimas que causa el sufrimiento no son como las ondas purificadoras de un misterioso bautismo en las cuales el alma humana se eleva y diviniza?

Para darnos a comprender la misión arcana del dolor, a Jesucristo no le bastó enseñar la doctrina de la perfección moral aquilatada en el crisol de la tribulación, sino que hizo mucho más. La esculpió sobre sus miembros lacerados y subió a la Cruz para sellar tan sublimes enseñanzas con las llagas de su cuerpo y las agonías de su alma. Y así como EL se dignó asociar a la *Virgen Santísima* en todas sus glorias, también quiso hacerla participe en todos sus padecimientos, de tal suerte que el misterio del dolor ostenta su *imperecedero* monumento en el espectáculo de un Dios que muere enclavado en una Cruz y de una *Madre Divina* que padece inmensamente al pie de la misma Cruz!

Cuando la Santísima *Virgen Maria*, en el cántico inspirado que pronunció sobre la colina del Ebrón, dio gracias al Señor por la dignidad que le había concedido en el misterio de la Encarnación del Verbo, exclamó: *«Fecit mihi magna qui potens est.»* (Luc. I, 49). Me hizo grande el que es Todopoderoso. ¿Y qué criatura puede ser más grande que la Madre del Crea-

dor? No hay grado de perfección que no se halle en esta Arca de la Nueva Alianza. No hay virtud que en ELLA no resplandezca, luz que no brille en su alma purísima, gloria que no ostente su frente virginal. Dios reconcentró en ELLA todos sus dones haciéndola *bella* en el orden de la naturaleza y de la gracia. En su Concepción fue Inmaculada; llena de bendiciones en su Natividad; enaltecida por el Espíritu Santo, en la Encarnación del Verbo. *Su vida fue ilibatisima*, subliine su muerte, espléndidamente gloriosa su *Asunción*. Por ser la creatura predestinada desde toda la eternidad para llevar en su seno purísimo al Hijo de Dios *tres veces Santo*, ELLA fue superior a todas las leyes de la creación. Aun cuando los Profetas la anunciaron, las mujeres bíblicas la prefiguraron, y los cantos inspirados celebraron sus alabanzas. *La Reina Soberana* supera infinitamente a las figuras, a los vaticinios, a las alabanzas de todos los hombres y de todos los siglos. La Sabiduría Increada que inspiró a los Profetas, el Rey del Cielo y de la tierra, el Señor del tiempo y de la eternidad, cuando se hizo carne y habitó entre nosotros, la llamó con el dulcísimo nombre de *Madre!* Ved ahí el apogeo de la grandeza, la cima de la más alta gloria a que Dios pueda sublimar a una criatura. Con todo, estas perfecciones de la Santísima Virgen, deben ser coronadas con la intensidad de agudísimos dolores para hacerla en un todo semejante a su Hijo Divino llamado por Isaías *«el Hombre del dolor! Vir Dolorum»* (LIII, 3). Es este el gran misterio de su vida. Mirad: pasan los Profetas del Antiguo Pacto bosquejando la hermosura de la Madre de Dios, pero se acerca ya el último de los videntes de Israel. Es un anciano. Su vaticinio es el último de los que se refieren a la Virgen

Madre. Su acento nada tiene de la suavidad de David, de Ezequiel y de Isaías. Su predicción es un arcano bañado con la sangre de dos víctimas. Simeón recibe respetuosamente al primogénito que la Madre Purísima deposita en sus brazos para ofrecerlo al Señor en el templo de Jerusalén, pero volviéndose a ELLA le dice: «Tu alma será traspasada por la espada del dolor! *Et tuam ipsius animam pertransibit gladius.*» (Luc. II, 35.) Esta es la última palabra *profética* que corona las grandezas de *Nuestra Señora*, pero que resuena en sus oídos como el ronco trueno de la lejana tempestad. Desde ese instante *Jesús* es para ELLA no solamente objeto de su amor, sino fuente perenne de dolorosas preocupaciones. Siete veces la espada vaticinada por el anciano Simeón, hiera el corazón de la Madre de Dios, pero en el Calvario lo traspasa de parte a parte. Contempladla junto a la Cruz. Está en pie, con la frente levantada, fijos los ojos en su hijo moribundo. No llora porque la intensidad del dolor, como la ardiente lava de un volcán, ha requemado la fuente de las lágrimas; pero ELLA que trituro con su planta virginal la cabeza de la Serpiente, se muestra también vencedora del dolor y en medio de los torrentes de amarguísima tristeza que invaden su alma como las ondas del piélago enfurecido, se sostiene en pie *«stabat»* para apurar hasta la última gota el caliz del sufrimiento y saborear lentamente las afrentas y el quebranto de la Víctima Divina. La magnitud de los tormentos del Redentor se intensifican en su corazón materno, como los rayos del sol cuando se concentran sobre la superficie de una lente poderosa. ELLA contempla aquel cuerpo santísimo, el cuerpo del más bello entre los hijos de los hombres, desgarrado y cubierto

de llagas; quisiera desprenderlo de la Cruz y colocarlo dentro de su propio corazón. Quisiera restañar esa sangre divina y sanar las heridas con sus propios labios... y no puede, porque está crucificada con Jesús. Oye las imprecaciones y las blasfemias de los verdugos, quienes habiendo perdido todo sentimiento humanitario, son más crueles que las bestias feroces y no respetan la presencia de una madre. Quisiera decirles: *Attendite et videte si est dolor sicut dolor meus*, y no puede... porque es la hora de la potestad de las tinieblas. Escucha las palabras de Jesús agonizante: «*sitio*» «¡tengo sed!» Quisiera darle a beber su propia sangre y no puede... porque ELLA también padece sed por la salvación de las almas. Siente desgarrarse su alma con el lamento de Jesús. *Deus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?* Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? Quisiera responderle: Hijo de mi vida tu Madre no te ha abandonado; está presente a tu agonía y no puede... porque ELLA resiente el abandono de su Hijo y de su Dios! La Corredentora del humano linaje debe ahogar en su pecho los gemidos, debe anudar en la garganta las palabras... Entre tanto la tierra vacila en sus fundamentos, se oscurece el sol, la Magdalena se abraza con la Cruz y la *Reina de los Mártires* permanece en pie absorta en sus padecimientos, como robusta encina que no se doblega al desencadenarse el huracán. Jesús entra en su agonía y la Virgen Dolorosa agoniza sin morir. No debe morir porque ELLA está destinada a coronar sus perfecciones ofreciendo el Sacrificio Sangriento de la Cruz a la Justicia Divina, para abrir de par en par las puertas de la Bienaventuranza a los desterrados hijos de Eva que gemimos y lloramos. El oficio que la Madre Santísima

desempeña en el Calvario, vence al dolor, para hacerla semejante en un todo a Jesucristo con el título de Corredentora del *Género Humano*.

II

Entre las palabras que Jesucristo pronunció en la Cruz como testamento de su amor, hubo una que penetró hasta lo más hondo del Corazón de la *Virgen Dolorosa* al investirla de una nueva maternidad. El Salvador, ya moribundo, ve a su Madre al pie de la Cruz, clava en ELLA la mirada con expresión indefinible de dolor y la contempla durante largo tiempo. *Cum vidisset Jesus matrem*. (XXV, 26). ELLA siente que una nueva espada se hunde en su pecho. Jesús habla para encomendarle al discípulo amado. *Mulier* le dice y no *Mater*, porque va a pedirle un sacrificio para el cual ELLA debe demostrar todo el valor, toda la grandeza de su corazón. «*Mulier ecce Filius tuus.*» Calló Jesús, hubo un momento de silencio. El Evangelista claramente lo insinúa porque a continuación se expresa así: *deinde dicit* después dice... ¿Y por qué ese silencio? Para que Nuestra Señora consintiese como en el momento de la Encarnación, en aceptar aquel cambio imponderable tomando a Juan por hijo en reemplazo de Jesús, al discípulo en vez del Maestro, al siervo en vez del Señor, al hombre en vez de Dios! En esa hora la Iglesia estaba representada al pie del árbol de la Redención por la Virgen Santísima y por San Juan. Juan justo sí, pero no exento de la fragilidad humana, representaba la parte militante; Nuestra Señora la parte celestial. Así como Nuestro Señor Jesucristo había venido al mundo por *María*, del mismo modo, el hombre debía volver a Dios por medio de *María*: dos funciones llenas ambas de

grandeza y de amor, puesto que la primera corresponde a la maternidad divina, y a la maternidad humana la segunda. Este misterio de ternura no podía manifestarse sino al pie de la Cruz, en el momento del más grande amor y del mayor dolor de Cristo, cuando la caridad infinita del Hijo de Dios tomaba la forma perfectísima del Sacrificio cruento y doloroso como término final de su venida al mundo. Entonces fue cuando el Corazón de la Virgen Dolorosa se sublimó a las regiones de un heroísmo sobrehumano, dando su ascenso a la petición de su Hijo moribundo. Inmediatamente el Maestro se volvió al discípulo: «*Ecce Mater tua*» le dijo. Hé ahí a tu Madre! Juan, el Apóstol de la predilección de Jesucristo y en él toda la humanidad, al oír esas palabras, se arrojó en los brazos de la nueva Madre, de la segunda Eva para reclinarse su frente fatigada y derramar sus lágrimas ardientes sobre el pecho de la *Virgen Santísima Madre de Dios y de los hombres!* «*Et ex illa hora accepit eam discipulus in sua.*» ELLA, la delicada y tierna Madre de la Víctima del pecado, aparentemente abandonada, falta de apoyo, de fuerza y de valor, fue en aquel trance doloroso del Calvario, el apoyo, la fuerza y el valor de todas las generaciones.

En la familia humana, cuando la madre muere, desaparece el hogar. Cuando el padre falta, los hijos se estrechan en rededor de la madre. Murió Jesús y la humanidad se estrechó en derredor de Nuestra Señora, porque vio en ELLA a su propia Madre. Y grandes, y pequeños, y justos y pecadores, y doctos e ignorantes han levantado a ELLA sus más ardientes súplicas, y la han invocado en sus angustias y en sus padecimientos. La Iglesia le ha consagrado el culto del más tierno amor; la historia habla de su Patrocinio; los santua-

rios nos atestiguan sus beneficios; los siglos magnifican sus misericordias. ELLA ha tenido siempre una mirada compasiva y un acento de consuelo para los corazones oprimidos y las almas atribuladas. Negadme si podéis, las lágrimas que Nuestra Señora de las Angustias os ha enjugado al pie de su altar en esta suntuosa Basílica. En presencia de su Santa Imagen nuestras madres han aceptado con resignación llena de fe la soledad de su viudez, los huérfanos han recobrado en ELLA una Madre celestial y las almas quebrantadas por el dolor, sintieron cicatrizar sus heridas con el bálsamo de la consolación y dilataron sus esperanzas confiadas en su amor maternal.

Nuestra Señora de las Angustias es verdaderamente luz que ilumina nuestra senda dolorosa, y fuerza que nos alienta y consuela. Nos ilumina puesto que nos enseña que para entrar en la posesión de la eterna felicidad, no debemos desesperar y abatirnos con los sufrimientos; antes bien, debemos reconocer en ellos una fuente de expiación y de merecimientos, un bautismo misterioso que nos regenera y purifica, una prueba que nos lleva al Cielo por el camino ensangrentado de la Cruz. Nuestra Señora de los Dolores es una fuerza que nos anima porque ELLA no conoció la más ligera sombra de culpa, y sufrió por nuestro amor las amarguras de la Pasión y muerte de Nuestro Redentor. ELLA que bebió el cáliz del dolor siendo la más pura de las creaturas, nos invita, cuando Dios lo presenta, a aceptarlo con resignación para santificarnos y asemejarnos a Nuestro Divino Modelo. Nuestra Señora al pie de la Cruz, es finalmente, nuestro mayor consuelo

porque allí nos recibió por hijos a petición de su Hijo Santísimo el Varón de los Dolores. Recordemos siempre que las espadas que traspasan el Corazón de la Co-redentora del Mundo, serán lenitivo en nuestras amarguras, aliento en nuestras tribulaciones, prendas de eterno consuelo.

Unión apostólica

I

El Superior General a los miembros de la Unión

La Providencia divina, que ordena todas las cosas al fin para que fueron creadas, es dirigida por la sabiduría infinita e inspirada por la bondad sin límites. Ella, sin embargo, atiende en sus actos a las oraciones de quienes la invocan, y gobierna el mundo de modo que las disposiciones de la Omnipotencia se compadezcan con las plegarias que ascienden hasta su trono.

Indudablemente la justicia enojada y vengadora del pecado, ha empuñado el cetro del rey que gobierna el mundo. La mano de Dios nos hiere de manera terrible al permitir esta guerra y los males que de ella nacen.

Que intervenga la oración universal, confiada, fervorosa y constante, y a la justicia sucederá la misericordia que hará cesar el espantoso flagelo y facilitará el remedio de tan graves

males. Nuestro recurso supremo se halla, pues, en la oración humilde y penitente.

El Vicario de Jesucristo y los Obispos del orbe católico nos recomiendan este medio de salvación; y para practicarlo, han prescrito que se hagan oraciones públicas en las naciones, en las diócesis, en las parroquias. Nosotros, los sacerdotes, que somos los hombres de oración, debemos entrar en este espíritu y secundar con celo este movimiento de intercesión que hará bajar del cielo el socorro divino.

Nuestro más vehemente deseo en los comienzos de este penoso año, es el acrecentamiento del espíritu de oración. Tal es el dón que pedimos a Dios, porque nosotros, sin el auxilio divino ni sabemos, ni podemos orar como es menester.

Cierto es que por la misericordia de Dios tenemos la gracia para orar, pero deseamos que el dón de ciencia para orar sea perfeccionado en nosotros: *Domine doce nos orare.*

Hé ahí lo que deseamos sea una realidad en cada uno de nuestros amados cofrades, pues sabemos muy bien que todas las cosas contribuyen al bien de los que aman y oran a Dios. *Omnia cooperantur in bonum.*

V. LEBEURIER

II

DEVOTIO

Erga Sanctum Patronum cuique mensi prae-positum exerceri debeat.

a) Hanc meminerimus devotionem nobis esse communem cum 12,000 fratribus passim per universum orbem terrae diffusis.

b) Pridie primi diei cujusque mensis, folium hujusce mensis qui jam inepturus est legamus.

c) Quotidie oratio festo Sancti Patroni propria a nobis recitetur.

d) Virtutem qua eminebat ille Sanctus videamus, atque eum, praesenti mense, prae ceteris virtutibus colere studeamus.

e) Sancti hujusce vita a nobis legatur, atque, quatenus id fieri potest, historiam temporis quo ipsi vivebat evolvamus.

f) Hujus autem natalem diem, festum aliquo modo habeamus; sic ad Missam celebrandam, si fieri potest, delecto ornamento utamur; paulum decoretur altare, praesertimque evidentiori pietatis affectu Sanctus ipse pro nobis nostrisque fratribus invocetur.

g) Denique, si antea menstrua recollectio facta non fuerit, dies ille festus ad eum faciendam bene eligetur.

III

A los pies de Benedicto XV

Dos años después de que el Corazón de Jesús nos otorgó el inefable consuelo de celebrar en Roma, en unión con nuestro ilustre cofrade, padre y protector Pío X, de santa memoria, el quincuagésimo aniversario del establecimiento de la Asociación a la cual tenemos la dicha de pertenecer, el mismo divino Corazón nos ha concedido un nuevo y señalado beneficio: el de poder presentar a nuestro amadísimo padre Benedicto XV los homenajes de la *Unión apostólica*, o sean los de su fundador y Superior General y de todos los miembros de esta providencial institución.

El 17 de noviembre último, después del medio día fuimos admitidos, en compañía de Monseñor J. B. Menghimi, Procurador General de la Unión, del profesor señor Carrozzi, Superior del Círculo de Roma, y de veinte socios más, en audiencia por el Padre Santo. Recibíenos en la sala del trono y allí, postrados a los pies del augusto Pontífice, expresamos los sentimientos de fidelidad y adhesión que le profesa la Unión Apostólica.

El Padre Santo nos acogió con tan especial bondad, que nos parecía aún ser objeto de la paternal benevolencia de Pío X. Hizonos levan-

tar pronto y habló familiarmente con nosotros. Preguntó por el número de miembros inscritos, y manifestó viva complacencia al saber el progreso continuo de la Asociación. Nos refirió que en Bolonia había tenido la satisfacción de aprobar el establecimiento de la Unión, compuesta de fervorosos sacerdotes. Bien echamos de ver que el Padre Santo conoce perfectamente la naturaleza y el objeto de nuestra Asociación. El se mostró muy satisfecho por el progreso de una obra que ayuda, por modo eficaz, al clero en la práctica de las virtudes sacerdotales y en el ejercicio del santo ministerio; y para que los sacerdotes vivan la vida de Marta y de María, les ofrece además, mediante la práctica del Boletín mensual, las ventajas de los que viven alejados del mundo, aunque ellos viven en el siglo sin los vínculos y votos del estado religioso.

El Padre santo se dignó expresar los deseos que tiene de que muchos sacerdotes ingresen a la Unión, la cual, al decir de Pío X, debe ser como una inmensa Basílica de entrada libre para todos. Recomendó la fidelidad al reglamento, el espíritu de oración y de piedad sacerdotal, el amor al estudio, y la unión que realiza la sublime enseñanza dada por el Salvador en la noche de la última cena: *ut sint unum*.

Luégo, el Padre santo se acercó a nosotros, nos dio a besar el anillo del pescador y concedió la bendición apostólica al Superior General, a los que estábamos allí presentes, a toda la Unión, a las familias de los socios que la componen y a las obras por ellos emprendidas.

Nos retirámos de aquel lugar bendiciendo al Corazón amabilísimo de Jesús que nos ha dado en Benedicto XV un tierno padre, a quien profesaremos, como a Pío X, la más profunda veneración, una ilimitada adhesión y el amor más acendrado. La muerte de Pío X nos ha asegurado un protector en el cielo; y Dios Nuestro Señor ha querido concedernos en la tierra otro padre que nos ama con amor entrañable y que cuidará de la Unión con paternal solicitud.

LUIS FERRARI, Presbítero.

BENEDICTO XV y la adoración nocturna

Uno de los aspectos más notables de la piedad de Benedicto XV es la devoción fervorosa, intensa y práctica que profesa a la Sagrada Eucaristía. Siendo Subsecretario de Estado, era el alma de la Adoración nocturna en Roma.

La presidencia de la Adoración nocturna en Roma la ejercen anualmente, alternándose, un eclesiástico y un seglar. El sacerdote fue muchísimas veces Monseñor Santiago Della Chiesa.

Pesaba sobre el sustituto de la Secretaría de Estado del Papa León XIII, un trabajo intensísimo. Doce horas de incalculable labor pasaba diariamente en las oficinas, a causa de la multitud de asuntos importantes que debía resolver. Después de una tarea tan pesada, aún le quedaba tiempo a Monseñor Della Chiesa para ir durante la noche a los templos, y permanecer allí tres horas adorando a Jesús Sacramentado, y dando ejemplo de piedad y celo a los adoradores nocturnos.

Su devoción al Santísimo Sacramento resplandecía vivamente en su predicación. El tema favorito de sus sermones era la devoción a la Eucaristía, y cuando hablaba del amor de Jesús Sacramentado a los hombres, su rostro parecía transfigurarse, y su voz adquiría un timbre conmovedor. Estaba siempre dispuesto a ejercer la misión sagrada de Director espiritual de la Adoración nocturna, que era el mayor consuelo de su alma de apóstol.

No se halla en Roma la Adoración nocturna establecida en una iglesia especial, sino que se hace diariamente en el templo donde se

celebran las Cuarenta Horas. Los adoradores nocturnos no encuentran facilidad para pasar la noche en el lugar de la Adoración, por no permitírsele las condiciones del local; a pesar de todo esto, Monseñor Della Chiesa era uno de los asistentes más asiduos.

Nuestro Santísimo Padre el Papa Benedicto XV, seguirá sin duda alguna la gloriosa tradición eucarística de León XIII y Pío X. La Adoración nocturna que bajo el Pontificado del primero adquirió tanta extensión y solidez, hallará en el nuevo Papa el celo del más ferviente adalid. La llama de devoción eucarística que el Pontífice últimamente fallecido prendió en el mundo, crecerá más y más bajo la acción del nuevo sucesor de San Pedro.

Hace pocos días Benedicto XV recibió en audiencia a 300 adoradores nocturnos de Roma que iban a pedirle la apostólica bendición. Tuvo el Papa para ellos palabras de aliento, recordándoles que él había sido en otros tiempos su Director.

Llenémonos de santo alborozo los adoradores nocturnos de Colombia al saber que el actual Pontífice es nuestro hermano en esta obra eucarística, y que muchísimas noches pasó en el reclinatorio, uniendo sus preces a las nuestras y a las de todos los adoradores del mundo.

Los centros de la Adoración nocturna de Bogotá, para celebrar esta honrosa hermandad con el Sumo Pontífice, proyectan el hermoso festival, conocido con el nombre de la *Fiesta de las espigas*. Acostúmbrase celebrar esta solemnidad en la primavera, cuando blanquean las mieses y las doradas espigas nos ofrecen el trigo con que se amasa el pan de la Eucaristía. Ha sido elegido el santuario de Nuestra Señora de la Peña para esta simpática fiesta....

¡Qué hermoso será ver congregados a todos los adoradores nocturnos de esta capital al pie de la Santísima Virgen! No cabe duda que a esta cita amorosa de Jesús Sacramentado acudirán todos los socios de los seis centros en que está dividida la Adoración nocturna de Bogotá.

Hay que ganarse la vida

En el recodo del camino encuentro a Julián.

—Y bien, Julián, ¿cómo estás?

—No muy mal, padre.

—¿Trabajas siempre mucho?

—Siempre.

—¿Y tus deberes religiosos?

—Tengo tanto trabajo, que me es difícil cumplirlos.

—Haces mal.

—Es que, os diré.... «hay que ganarse la vida.»

—¡Tienes razón, Julián, hay que ganarse la vida! Y ¿cómo lo haces tú?

—Me levanto todos los días a las cinco de la mañana.

—Tienes razón Julián. ¿Y después?

—Después tomo mi desayuno: un buen pedazo de pan (del pan que he ganado la víspera) y una taza de café con leche.

—¿Y después?

—Después me voy al campo y me pongo al trabajo, porque yo no soy rico. Trabajo sin descanso hasta las once. A esa hora voy a almorzar.

—Tienes razón, ¿Y después?

—Después vuelvo al trabajo... y a las seis, después de haber ganado 4 o 5 pesos, entro a casa para comer y dormir.

—¿Y al bar?

—¡Ah! no soy tan zongo para ir allá a gastar la plata que me cuesta tanto trabajo ganar.

—Tienes razón.... ¿Y después?

—¿Después? Pues bien, todos los días es el mismo cuento: levantarse, comer, trabajar, comer y dormir...

Y al fin del año yo cuento mi alcancía, y si está pesada, llevo una parte a la Caja de Ahorros. Eso servirá para la vejez, cuando el pobre viejo no sirva para nada.

—¿Y después?

—Y bien, después... es todo.

—¿No haces otra cosa?

—¡Ninguna otra cosa! ¿qué quiere usted que haga?

—Eso es lo que tú llamas «ganarse la vida» Julián?

—Como usted lo dice, padre; yo llamo eso ganar la vida.

—Y si yo te dijera que yo lo llamo «ganarse la muerte.»

—No comprendo padre.

—¡Ah! ¿no me comprendes? Pues bien, amigo, voy a hablar claro; espero que en seguida me comprenderás. Vamos, dime, eres un animal o un hombre?

—¡Vaya, qué pregunta!

—Despacito, amigo, no te enojés... Tienes un alma ¿no es verdad?

—¡Por cierto!

—¿Crees en Dios, no es verdad?

—¡Ciertamente! ¡Repito que no soy un perro!

—Y ¿qué haces por tu alma?

—¿Qué quiere usted que haga?

—Es muy sencillo. Dios quiere que ganes la vida de tu cuerpo, y por eso tienes razón en trabajar, como lo haces. En eso yo te apruebo con toda mi alma, querido Julián. Pero Dios quiere también, nóvalo bien, quiere también «que ganes la vida de tu alma»..... La vida presente y la venidera.

La vida presente, mereciendo la gracia de Dios con el cumplimiento de todos tus deberes de «hombre» y de «cristiano.» La vida del alma, amigo, es la gracia. La vida es una comunión con Dios. Cuando tu alma, por un pecado mortal, por una grave desobediencia a la ley divina, se separa de Dios, ya no tiene vida, está muerta. Es preciso, pues, Julián que por una buena confesión recuperes, esa vida que has perdido; es preciso que después, con el cumplimiento de todos tus deberes, con la oración, con la práctica de las virtudes, conserves en ti mismo esa vida.

Es preciso también que pienses en la vida futura; pues cuando muere nuestro cuerpo, todo se muere,

queda nuestra alma, que vive. Y esta alma, entonces ¿a dónde irá? Es preciso asegurarle la vida eterna, mereciendo la recompensa que Dios da a los que sirven.

—¡Ah! pero usted me hace un sermón.

—Tú no querías venir a la iglesia, yo vengo a tu campo a hacerte el sermón.

—Usted es demasiado bueno. Para que no se moleste usted otra vez iré en adelante.

—Muy bien. Pero piénsa en lo que te he dicho.

—No lo olvidaré.

—Tú sabías todo esto, Julián; pero no basta saberlo, hay que pensar en ello, amigo. Olvidándolo haces vivir tu cuerpo, pero haces morir tu alma. Tú ganas tu pan de cada día, pero ganas también el infierno; y vendrá un día, mi querido Julián, en que perdida tu alma arrastrará tu cuerpo a la eterna muerte.

Hé aquí, finalmente, lo que habrás ganado: la muerte eterna; es decir, la horrible tortura, que no concluirá jamás.

Sí, mi querido Julián; tu fórmula «hay que ganarse la vida» es excelente. Méditala y consérvala.

—Lo haré, padre

—Pero acuérdate desde ahora que tienes un cuerpo y una alma y que debes trabajar «para los dos.» Y si necesario fuera sacrificar a uno, al cuerpo deberías sacrificar. Pues de qué le sirve al hombre ser rico, tener extensas propiedades, tener mucho dinero, muchos honores, gozar de todos los placeres, si llega a perder su alma!

Acuérdate, pues, «que hay que ganarse la vida» para el cuerpo; pero sobre todo, para el alma.

Un gran libro

Hay un libro pequeñito que...

Estudiando ese librito y poniendo todos en práctica las enseñanzas que contiene, buenos serían los gobernantes y mejores los gobernados.

Viviríamos con economía y sin deudas.

El pueblo disfrutaría de paz, de justicia y de verdadera libertad.

Ese libro nos hace iguales ante Dios y hermanos unos de otros.

Ese libro enseña la paciencia al pobre y la caridad al rico....

Ese libro es el compendio y suma de todo lo que debemos creer, pedir, obrar y recibir.

Ese libro tan pequeño en volumen y tan grande en el fondo... es el Catecismo.

Mr. Jouffroy, filósofo francés, profesor de la Escuela Normal de París, de la Facultad de Letras y del Colegio de Francia, publicista célebre, decía del Catecismo en sus *Misceláneas filosóficas*, lo que por ser de oportunidad y pertenecer a un racionalista de esa talla, copiamos a continuación:

«Hay un librito que se hace aprender a los niños, y sobre el cual se les pregunta en la iglesia: leed este pequeño libro que se llama *Catecismo*, y allí encontraréis una solución a todas las cuestiones que se acaban de proponer sin excepción. Preguntad al cristiano de dónde viene la especie humana, y él lo sabe; a dónde va, y él lo sabe. Preguntadle quién ha procurado por su vida, por qué está acá en la tierra, y lo

que será él después de su muerte, y os dará una respuesta sublime. Preguntadle cómo ha sido hecho el mundo y con qué fin; por qué razón hizo Dios animales y plantas; cómo se fue poblando la tierra; por qué hablan los hombres muchas lenguas; por qué sufren, y cómo acabará todo esto; nada ignora: origen del mundo, origen de la especie, cuestión de razas, destino del hombre en esta vida y en la otra, relaciones del hombre hacia sus semejantes, derechos del hombre sobre la creación; todo lo sabe, y cuando sea grande, ya no tendrá duda alguna sobre el derecho natural, sobre el derecho de gentes; porque todo esto emana claramente y por sí sólo del Cristianismo. Hé aquí a lo que llamo una grande religión, y la reconozco por esta señal; esto es: que no deja sin respuesta ninguna de las cuestiones que interesan a la humanidad.»

Nombramientos

El Ilustrísimo y Reverendísimo Primado ha nombrado los siguientes Vicarios foráneos:

De Gachetá, el señor Presbítero doctor don Agustín Matallana.

De La Palma, el señor Presbítero doctor don Francisco A. Mazo.

De Pacho, el señor Presbítero doctor don Efrén Bohórquez.

De San Juan de Rioseco, el señor Presbítero doctor don Misael Gómez.

De Sopó, el señor Presbítero doctor don Ildefonso de J. Rodríguez.

De Tocaima, el señor Presbítero doctor don José del Carmen Castro.

De Villeta, el señor Presbítero doctor don Obdulio Chala.

Luto en el Sacro Colegio

A las graves penas que afligen a N. B. P. Benedicto XV, se ha añadido la ocasionada por la muerte de cuatro Cardenales:

El Emmo. señor Domingo Ferrata, que nació en Gradoli, diócesis de Montefiascone, el 4 de marzo de 1847, y que fue creado Cardenal por León XIII y publicado en el consistorio del 22 de junio de 1896.

El Emmo. señor Angel di Pietro, nacido en Vivaro, diócesis de Tivoli, el 20 de mayo de 1828. Fue elevado a la púrpura por León XIII, y publicado en el consistorio del 16 de enero de 1893.

El Emmo. señor Aristides Cavallari, Patriarca de Venecia, nacido en Chioggia, el 8 de febrero de 1849, fue creado Cardenal por Pío X, y publicado en el consistorio del 15 de abril de 1907.

El Emmo. señor Francisco Virgilio Dubillard, Arzobispo de Chambéry, nacido en Soye, diócesis de Besançon el 15 de febrero de 1845. Fue creado Cardenal por Pío X y publicado en el consistorio del 27 de noviembre de 1911.

RETIRO MENSUAL

El del presente mes será el 18.

LA IGLESIA

Organo oficial de la Arquidiócesis de Bogotá

Año X. Vol. X.

Abril 1.º de 1915.

Número 6

SECRETARIA DE ESTADO

DECRETO

Su Santidad el Papa Benedicto XV, afligido ante el torbellino de la guerra que troncha vidas juveniles, sume en la desolación familias y ciudades, y trastorna las naciones más florecientes; considerando que el Señor, el cual *castigando sanat et ignoscendo conservat*, se conmueve por las oraciones de los corazones contritos y humillados; deseando que más fuerte que el fragor de las armas sea la voz de la fe, de la esperanza y de la caridad, que son las únicas que tienen virtud divina para unir a los hombres en un solo corazón y en una sola alma, mientras invita y exhorta al clero y al pueblo a hacer alguna obra de mortificación expiatoria por los pecados que provocan el justo castigo de Dios, ha dispuesto que en todo el mundo católico sean dirigidos al Señor humildes ruegos para alcanzar de su misericordia la suspirada paz.